

Historia del Pensamiento Económico: Disciplina Académica y Práctica Docente

Introducción

A inicios de este año, Unión Editorial publicó una recopilación de artículos referidos a la Historia del Pensamiento Económico (HPE) realizada por Adrián Ravier. Este libro, *Lecturas de Historia del Pensamiento Económico*, nos da la oportunidad para reflexionar sobre su contenido.

El libro en cuestión pretende ser un manual para la enseñanza de la HPE. En el Prólogo, Martín Krause inicia su texto anotando: “Empiezo por el final: la enseñanza de la economía debería comenzar con la materia Historia del Pensamiento Económico” (p. 7). También María Blanco, en el Prefacio, comenta el libro desde el punto de vista de una profesora de HPE. Y finalmente, el propio Ravier dedica la introducción al rol de la HPE en la formación-educación del economista.

En una revisión de la literatura, se tiene la impresión de que los cultores de la HPE sienten por un lado cierto desprecio de sus colegas economistas en cuanto a si lo que hacen es o no relevante para la ciencia económica. Famosa es la cita de Pigou que se refería a “las ideas equivocadas de hombres muertos” (citado por Blaug, 2001a, p. 131).¹ Ante ello, se en-

¹En Blaug (2001b, p. 17) se tiene otra referencia del “desprecio” de Pigou a la HPE. A

tiende la necesidad de justificar la disciplina por un lado, y la necesidad de señalar las ventajas de su enseñanza y su lugar en la formación del economista moderno, por el otro lado.

Sin embargo me permito sugerir que

Pigou se le había pedido que hiciera una reseña de un libro dedicado a la historia de las teorías del valor anteriores a Adam Smith, ante lo cual señaló: “Estas investigaciones de anticuario no tienen gran atractivo para quien ya posee muchas dificultades para leer lo que ahora se enseña sobre los problemas económicos, sin perder su tiempo en el estudio de soluciones reconocidamente inadecuadas que se propusieron hace varios siglos.” Que esta perspectiva no era exclusiva de Pigou lo muestra el mismo Blaug (2001a, p. 124) quien también señala dos citas adicionales, una de Alfred Whitehead, quien anotó que “una ciencia que es reacia a olvidar a sus fundadores está perdida,” y la otra de Jean-Baptiste Say: “Cuanto más perfecta una ciencia, tanto más corta su historia.” Se debe contrastar la actitud de Pigou con la de Schumpeter, quien se dio tiempo para leer lo que se producía en su propio tiempo y en los tiempos anteriores.

Reseña de Adrián O. Ravier (comp.), *Lecturas de Historia del Pensamiento Económico* (Madrid: Unión Editorial, 2012).

Marco Antonio del Río R. es profesor de Teoría Económica, Finanzas y Matemáticas Aplicadas en la Universidad Privada de Santa Cruz (UPSA), Santa Cruz, Bolivia.

este debate no ha separado estas dos cosas de manera clara, y se tienden a confundir. Por un lado, se tiene la disciplina académica de la HPE, con su objeto de estudio, su metodología y sus propios desafíos epistemológicos. Por otro, la necesidad o no de incluir la asignatura de la HPE en la formación de los nuevos economistas. ¿Se debe o no incluir una o más asignaturas de HPE en el currículum de estudios de economía? ¿Es recomendable que tales materias vayan al inicio o al final de la carrera? ¿O la incorporación de la HPE debe ser transversal y longitudinal al conjunto de estudios con los cuales se forma el economista moderno, al tiempo que se forma en las áreas propias de la economía y en las áreas instrumentales como las matemáticas?

La Disciplina Académica

En cierto modo, resulta extraño que los cultores de la HPE como disciplina académica piensen que necesitan justificar su área de investigación.² Se puede discutir y someter a arduo debate si la HPE es una rama de la ciencia económica o una rama de la historia de la ciencia, la que a su vez es una rama especializada de la Historia. Blaug es más radical: “La historia del pensamiento económico no es una especialización dentro de la economía. Es economía—cortada verticalmente contra el eje horizontal del tiempo” ((2001a, p. 134).

La HPE entendida como disciplina académica (esto es, como área de inquietud intelectual e investigación) no necesita ningún tipo de justificación, como no

²Blaug (2001a, p. 133) expresa esta inquietud de manera muy clara: “¿Como puede uno justificar el estudio de la historia del pensamiento económico como una especialización dentro de la economía?”

la necesita ninguna rama del saber humano. Que un grupo de personas se dedique a releer los textos de los economistas del pasado, para entender sus ideas y sus propuestas de cambio social, es tan meritorio y legítimo como el trabajo de los físicos y químicos en sus laboratorios, los arqueólogos en sus criptas, los naturistas conviviendo con plantas o animales, los matemáticos deduciendo sus teoremas y corolarios, o los críticos literarios discutiendo los significados y las cualidades estéticas de una novela o unos versos.

Mark Blaug ha destacado que todo desarrollo de la ciencia económica ya entra en la HPE pasados unos pocos años. La HPE no sólo se debe ocupar de las ideas de Adam Smith y su debate con los mercantilistas y fisiócratas; también el debate sobre los bienes públicos entre Samuelson y Coase ya es parte de la HPE, al igual que las ideas de Pigou y Keynes. David Warsh, en *El Conocimiento y la Riqueza de las Naciones*, ha mostrado la historia de las teorías del crecimiento endógeno, un área relativamente contemporánea de la economía. Como todo hecho humano termina siendo objeto de estudio de la Historia, toda idea económica, todo libro o *paper* de economía termina siendo objeto de estudio de la HPE. La HPE hoy ya se ocupa de todo el pensamiento económico del siglo XX. En este sentido, el objeto de estudio de la HPE no es inmutable, sino que claramente tiene un carácter vigorosamente expansivo. Mientras más vital sea la ciencia económica, más amplio es el ámbito de investigación de la HPE.

Muchas veces se señala que la historia de la física no es relevante para la investigación física moderna. No estoy tan seguro. Es cierto que la historia de la ciencia tal vez no sea de relevancia inmediata para el diseño de un experimento, pero no ocurre tal cosa cuando los resul-

tados del experimento se los desea colocar en la perspectiva de la evolución de nuestra comprensión del universo. No es casual que tres grandes físicos del siglo XX se hayan ocupado de la historia de su disciplina, incluso sin ser historiadores especializados. El mismo Albert Einstein, junto a Leopold Infeld, escribió, en 1938, *La evolución de la física*, un breve texto donde se examinan las teorías de la relatividad y de los cuantos en relación a la física mecanicista precedente. Por otra parte, es impresionante el libro monumental de Roger Penrose, *El camino a la realidad: Una guía completa de las leyes del universo*, publicado en 2004, y que es una historia completa de la física y de las matemáticas desde el tiempo de los griegos hasta los últimos desarrollos de la cosmogonía moderna.³ Mencionemos también a Stephen Hawking. En todos sus libros de divulgación científica es notorio que desarrolla un enfoque histórico para mostrar cómo ha ido cambiando nuestra imagen del universo.⁴ Y no creo que sea gratuito que en los últimos años haya producido tres importantes compilaciones de textos fundamentales: (1) *A hombros de gigantes: Las grandes obras*

³He anotado monumental pues la versión en castellano tiene más de 1400 páginas.

⁴En su *Historia del tiempo: Del big bang a los agujeros negros* (1992), el primer libro de Hawking de divulgación científica (y enorme éxito editorial), los dos primeros capítulos se dedican a mostrar cómo ha cambiado la imagen del universo desde los griegos hasta Einstein, pasando por Ptolomeo, Copérnico, Kepler, Galileo y Newton. Además, para reforzar la idea de la importancia de la historia de la física, Hawking dedica tres anexos para dar esbozos biográficos de Einstein, Galileo y Newton. Este enfoque *historicista* se ha mantenido en sus libros posteriores como los escritos en co-autoría con Leonard Mlodinow, *Brevísima historia del tiempo* (2008) y *El gran diseño* (2010).

de la física y la astronomía, de 2003; (2) *Dios creó los números: Los descubrimientos matemáticos que cambiaron la historia*, de 2005, una selección de textos de Euclides, Arquímedes, Diofanto, Descartes, Newton, Laplace, Fourier, Gauss, Cauchy, Boole, Riemann, Weierstrass, Dedekind, Cantor, Lebesgue, Gödel y Turing; y finalmente (3) una compilación de los textos esenciales de Einstein, *La gran ilusión: Las grandes obras de Albert Einstein*, de 2007. Se podría mencionar también a Emilio Segré, un físico italiano que recibió el Premio Nobel en 1959 (junto a O. Chamberlain, por el descubrimiento del antiprotón en 1955), y que escribió un precioso libro titulado *Personajes y descubrimientos de la física*, cuya primera parte, dedicada a la física clásica, se publicó en 1983, en inglés, mientras que la segunda parte, dedicada a la física contemporánea, se publicó en 1996, en italiano. No parece cierto que los físicos estén desentendidos de la historia de su disciplina, como se puede colegir de los comentarios de algunos economistas.

Que la historia de la ciencia tiene su propia importancia lo muestra el caso de Thomas Kuhn. Inicialmente Kuhn era un historiador de la ciencia, y su trabajo *La revolución copernicana*, de 1957, es un magnífico trabajo de historia de la física, en uno de sus momentos más estelares.⁵

⁵Sobre la historia de la astronomía entre Copérnico y Galileo también se puede señalar a Koestler (1986). ¿Por qué un escritor (no un científico) se interesó por estudiar este tema? Entre otras cosas, Koestler señala: “Durante mucho tiempo me ha interesado el proceso psicológico del descubrimiento como la más potente manifestación de la facultad creadora del hombre, y por ese proceso inverso que le ciega con relación a verdades que, una vez percibidas por un clarividente, se convierten en desgarradoramente obvias” (p. viii del prefacio). Este punto puede ser un argumento

Sin embargo, en 1962, con *La estructura de las revoluciones científicas*, Kuhn entró en el debate epistemológico, planteando un vigoroso cuestionamiento a las ideas popperianas desde la perspectiva de la historia y la sociología.

De todos modos, siempre es posible que algunos economistas planteen la duda de si la HPE pertenece al ámbito de la ciencia económica. En principio, parece que la HPE pertenece más al ámbito de la historia que de la economía propiamente dicha. Pero no nos llamemos a engaño. La HPE es un área de especialización que se ubica en una zona de frontera entre la historia y la economía, pero por su carácter técnico pertenece con mayor propiedad a la economía. La economía como ciencia supone un lenguaje, conceptos y categorías propias. Quien quiera investigar en su historia debe estar provisto del conocimiento técnico que suponen sus textos. De la misma manera que es poco probable que un típico historiador pueda leer y entender los argumentos de *Los fundamentos de la teoría de los números transfinitos* de George Cantor sin antes tomar unos cursos intensivos de matemáticas, me parece que de forma semejante, un historiador que quiera enfrentarse a *Valor y capital* de J. R. Hicks necesita tomar unos cursos de economía.⁶ Con esto no estamos afirmando que la HPE esté cerrada a los historiadores, sino que ellos deberán formarse en economía para sacar provecho de sus lecturas. Pero también esto implica que posiblemente sean los economistas quienes estén mejor pre-

a favor de incluir el estudio de la HPE en la formación del economista.

⁶En esta obra, publicada en 1939, Hicks expone a los economistas de lengua inglesa las ideas de V. Pareto en cuanto al enfoque ordinal de la utilidad.

parados para hacer HPE.⁷ Al ser un ámbito de saberes codificados, con estructuras conceptuales propias (no sólo económicas, sino también institucionales), se puede concluir que la HPE es una rama propia de la Economía, y los economistas están llamados a cultivarla tanto como cualquier otra área de su disciplina.⁸

Llegados a este punto, hay que descomponer la HPE en sus dos áreas de investigación fundamentales. O en sus dos enfoques posibles. Uno se centra en la evolución de la disciplina propiamente dicha. Es la historia del Análisis Económico, como la llamó Schumpeter, o la historia de la Teoría Económica, como se titula el libro de Ekelund y Hébert (1992). El otro enfoque es más antiguo, y bajo el rótulo de “Historia de las Doctrinas Económicas” no se reduce a la historia de los conceptos económicos o de la teoría, sino que aspira a identificar las vinculaciones entre las ideas económicas y la política económica. Veamos con más detalle cada enfoque.

En el primer capítulo de su *Historia del análisis económico*, Schumpeter ano-

⁷En *Las palabras y las cosas* el filósofo francés Michael Foucault dedica el sexto capítulo de la primera parte a los orígenes de la economía política. Ahora bien, esta exposición ha sido sometida a una demoledora crítica por el historiador económico Pierre Vilar, también francés (lo que tiene su importancia dado el estilo literario de Foucault), en un breve trabajo titulado “En los orígenes del pensamiento económico: *Las palabras y las cosas*” (Vilar, 1983, pp. 87-105). Stigler (1997, p. 11) menciona el caso Alexander Gray como un escritor que fracasa en su comprensión de Carl Menger, por “un conocimiento poco firme de la teoría económica.”

⁸Stigler (1997, p. 11) lo ha expresado así: “Para entender a un hombre ... hay que conocer la materia sujeto de la disciplina en la que está escribiendo.”

tó: “Por ‘historia del análisis económico’ entiendo la historia de los esfuerzos intelectuales que los hombres han hecho para comprender los fenómenos económicos, o, dicho de otra forma, la historia de los aspectos analíticos o científicos del pensamiento económico” (1971, p. 19). Esta es la rama técnica de la HPE, y es el enfoque que ha empezado a dominar entre sus cultores, desde Schumpeter en adelante. Y no es casual: hay algo fascinante en estudiar la evolución histórica de las categorías y conceptos con los que opera una ciencia como la economía.

Sin embargo, desde los tiempos del mercantilismo y la fisiocracia, las ideas económicas han tenido un rol fundamental en el diseño e implementación de las políticas económicas de los distintos Estados. Se trata de algo muy obvio: lo que piensan los economistas trasciende sus cátedras o sus buhardillas, y sale a las calles, entrando a los cafés, se discute en los mítines y sindicatos, y llega finalmente a las salas grandes y espaciosas donde se reúnen ministros de estado, directores de bancos centrales y funcionarios de organismos internacionales. Aunque pensemos que las condiciones materiales de vida determinan el rumbo de las sociedades, también hay cierta evidencia de que las ideas son importantes, pues los seres humanos actúan motivados tanto por sus intereses como por sus creencias.

Un texto que con total claridad expresa este enfoque, de corte más sociológico, es el libro de Oser y Blanchfield (1980), que ha sido actualizado por Brue y Grant (2009). Oser y Blanchfield identifican la evolución de las ideas económicas en torno a escuelas: Escuela Mercantilista, Escuela Fisiocrática, Escuela Clásica, Escuelas Socialistas, Escuela Histórica Alemana, etc., y articulan su estudio y exposición a partir de cinco preguntas capitales:

- (1) ¿Cuál fue el entorno social de la escuela?
- (2) ¿Cuál fue la esencia de la escuela?
- (3) ¿Qué intereses defendió o trató de defender?
- (4) ¿En qué medida fue válida, útil o acertada para su época?
- (5) ¿Hasta qué punto sobrevivió a la época en que fue útil?

Como se puede apreciar, sólo las preguntas (2) y (5) se refieren a los elementos de tipo conceptual y de contribución al desarrollo de la ciencia económica, mientras que las demás tienen un fuerte componente de tipo sociológico. Es más, las escuelas de pensamiento económico, y por tanto los economistas, no aparecen como asépticos hombres de ciencia que buscan entender el funcionamiento de los sistemas económicos, en una forma particular de búsqueda de la verdad, sino que aparecen como pensadores al servicio de algún grupo social que detenta el poder económico y político o que aspira a detentarlo.

Aunque no se comparta el enfoque y cuestionario de Oser y Blanchfield,⁹ no cabe duda que supone un enfoque más general que el de Schumpeter. Se trata de establecer las conexiones entre el desarrollo de la disciplina propiamente dicha y su entorno social, político y económico (y

⁹En la sociología de la ciencia económica, no se puede negar la existencia de “escuelas” de pensamiento o doctrina económicas, pero creemos que Fabián Estapé, en su prólogo a Schumpeter (1964), con acierto señala los excesos en que este enfoque puede caer, en especial al concebir la evolución de la economía como un progreso por confrontación entre una escuela (la propia) que tiene el patrimonio de la verdad, y las otras (las ajenas) que son la suma del error y del engaño.

en los últimos tiempos, incluso antropológico). Se trata de estudiar la evolución del pensamiento económico en tres dimensiones: (1) las relaciones entre las ideas económicas y la realidad social, política, económica y cultural donde aparecen y se difunden, (2) las relaciones entre las ideas económicas y las ideas sociales, políticas y filosóficas en medio de las cuales surgen y prosperan, y (3) las relaciones entre las ideas económicas y el diseño y gestión de las políticas económicas.

Finalmente veamos brevemente los aspectos metodológicos de la HPE. En su vertiente de “historia de las doctrinas económicas” (en el sentido de Oser y Blanchfield) es un área de investigación donde el historiador social se encontrará más a gusto, pues se conecta con la historia económica y social general. Esto supone que este tipo de investigación requiere todas las técnicas y metodologías de las ciencias históricas. En la vertiente más específica de “historia de la ciencia económica” (en el sentido de Schumpeter) Blaug ha identificado dos tipos de enfoques: la reconstrucción histórica y la reconstrucción racional. En el primer caso, se trata de entender un desarrollo conceptual en el contexto de la época en que fue formulado. En el segundo caso, se trata de entender un conjunto de razonamientos económicos desde una perspectiva más lógica, y que obviamente depende de manera más explícita de los desarrollos más contemporáneos de la ciencia económica. Como con tanta claridad lo expresó Blaug (2001b, p. 17): “Es un estudio crítico de las teorías del pasado ... La crítica implica ciertas normas de juicio, y mis normas son las de la teoría económica moderna.” (La forma más extrema de reconstrucción racional es tomar un autor del siglo XIX y expresar sus ideas mediante un modelo matemáti-

co, como ocurre en cualquier manual de economía internacional donde las ideas de David Ricardo sobre las ventajas comparativas aparecen formalizadas con un conjunto de ecuaciones acompañadas de algún tipo de representaciones gráficas.)

La Enseñanza de la HPE

Un problema distinto es establecer en qué medida la formación de los economistas debe incluir el estudio de la HPE, y cómo hacerlo. ¿Es importante que los economistas estudien y conozcan la HPE?

Hay que entender que durante el siglo XX la “caja de herramientas” de los economistas creció exponencialmente, tanto en términos de las teorías propiamente económicas, pero también, y de forma muy significativa, en términos de las técnicas de análisis matemático y estadístico. Para comparar el cambio que se ha dado basta considerar cuantas áreas de estudio son prácticamente nuevas en el ámbito de la ciencia económica. Si hace treinta años bastaba con dos cursos semestrales de microeconomía, hoy, para cubrir razonablemente el mismo tema posiblemente se requieran cuatro cursos semestrales para abarcar la Organización Industrial, el Análisis Contractual de la Empresa y la Economía de Información, sin contar la necesidad de incluir un curso de Teoría de Juegos. Si hace treinta años bastaba con un curso semestral de econometría hoy se requieren dos cursos como mínimo para cubrir las técnicas econométricas básicas. Si antes bastaba con una introducción a las ecuaciones diferenciales para poder estudiar los modelos dinámicos, hoy hay que considerar las técnicas de optimización intertemporal. Además del surgimiento de áreas específicas de estudio muy relevantes como la Economía de la Educación, la

En un escenario que propone tantas exigencias para la formación del economista moderno, ¿hay espacio para la HPE? No resulta extraño que muchos economistas, especialmente aquellos con mayor entusiasmo por las técnicas matemáticas y deseosos de realizar sus investigaciones en las fronteras de la ciencia económica, consideren, al igual que Pigou, una pérdida de tiempo ocuparse de la HPE. Y esto plantea que los economistas que sí tienen algún entusiasmo por la HPE sientan la necesidad de justificar la existencia de asignaturas referidas ella.

Schumpeter (1971, pp. 20-23) identificó cuatro argumentos para justificar el estudio de la historia de la economía. (1) “Ventajas pedagógicas”: la ciencia económica moderna no sólo es una estructura lógicamente coherente de teorías, sino que su correcta comprensión requiere entender las referencias históricas de su contenido; el “estado actual” de la ciencia siempre está cambiando, y ese hecho es un fenómeno estrictamente histórico. (2) “Nuevas ideas”: la HPE permite una comprensión diacrónica de la ciencia económica, y en tal sentido la lectura de los grandes clásicos de la literatura económica puede ser una experiencia enriquecedora para los economistas contemporáneos. (3) “Mejor conocimiento de los procesos de la mente humana”: la HPE puede proporcionar información valiosa acerca de cómo funciona la mente humana, o sea, cuáles son las formas y condiciones específicas que permiten la intuición de una idea, y el descubrimiento de una teoría (ver nota 5). (4) Si el estudio de la historia de las ideas es importante en cualquier disciplina científica, lo es de manera particular en el ámbito de la ciencia económica.

Por su parte, Stigler (1997) destacaba la importancia del estudio de los economistas del pasado para ejercitar la comprensión en el arte de la lectura, y de manera colateral, de la redacción de textos económicos. En efecto, el economista como hombre de ciencia debe ser capaz de entrar en comunicación con sus colegas. Esto supone que debe desarrollar cierta capacidad de comprensión de la literatura técnica, y, de dedicarse a la investigación, debe desarrollar también cierta competencia para redactar textos en el lenguaje propio de la disciplina. En tal sentido, Stigler considera que la lectura de las obras de los economistas del pasado puede ser una excelente herramienta de entrenamiento en estas destrezas.

En una tercera línea de argumentación a favor de la enseñanza de la HPE, Roncaglia (2011) hace la distinción entre dos concepciones del corpus de la ciencia económica. Existe una *concepción acumulativa* de la ciencia económica, en la cual se supone que la ciencia avanza del error a la verdad, en una línea más o menos recta y ascendente. En tal sentido, como decía Pigou, no tiene sentido leer los textos infestados de errores de los economistas del pasado, y lo verdaderamente formativo es concentrarse en la literatura reciente. En esta concepción, la HPE es una suerte de arqueología innecesaria para el economista moderno. Es en cierto modo el enfoque predominante en ciertas facultades de economía, donde se espera que la bibliografía de las tesis doctorales no incluya ningún texto con más de cinco años de antigüedad, pues se trataría de un conocimiento “obsoleto.” (Schumpeter compartía esta visión acumulativa de la ciencia económica, aunque de forma matizada, pues conocía con detalle los errores específicos de algunos economistas.) Por otra parte, existe una *concepción competitiva* de las teorías

económicas, desarrolladas por distintas escuelas de pensamiento económico. En tal sentido, la ciencia económica no se presenta como un corpus monolítico de conceptos y teorías, sino que asemeja un espacio donde coexisten distintas interpretaciones de la realidad económica. Si tal fuera el caso, la HPE se vuelve central en el estudio de la ciencia económica, pues supone la puerta de ingreso a esas distintas teorías o escuelas de interpretación de los procesos económicos.

La distinción de Roncaglia permite entender por qué los economistas adscritos a la llamada Escuela Austriaca de economía mantienen una tradición de enseñar y aprender los rudimentos de la ciencia económica apelando a la lectura de los grandes economistas del pasado. Su comprensión de la economía tiene significativas diferencias con respecto a la tradición neoclásico-keynesiana dominante en el mundo anglosajón. Y por ello precisamente, se incentiva el estudio y la dedicación a la HPE. En tal escenario se tiene el libro de Adrián Ravier. En esta compilación de lecturas sobre la HPE predominan los autores que se adscriben a la Escuela Austriaca, y tal es su nota dominante.

La concepción acumulativa de la ciencia económica, con su excesiva ponderación de los últimos desarrollos y su desprecio por el trabajo del pasado supone fuertes contradicciones y paradojas. Una de ellas es que aumenta el riesgo de redescubrir algo ya desarrollado en la literatura económica. Por ejemplo, muchos de los economistas que desarrollaron los modelos de crecimiento endógeno, si bien conocían el modelo de Solow, no conocían el modelo de Harrod-Domar. Ahora bien, ¿el llamado modelo AK no es una versión semejante del modelo de Harrod-Domar? Se tiene pues la extraña

situación de que se desarrolla un “nuevo” enfoque, ¡que ya existía en la literatura medio siglo antes!¹⁰

Aparte de los argumentos desarrollados por Schumpeter, Stigler y Roncaglia para justificar la necesidad de incorporar la enseñanza y estudio de la HPE en la formación de los economistas, me parece que se pueden añadir o reiterar algunos argumentos adicionales. En primer lugar, desde el punto de vista del desarrollo del conocimiento humano es importante destacar la historicidad de las ideas. En tal sentido, resulta significativo el ejemplo ya señalado de los grandes físicos del siglo XX y su interés y pasión por la historia de su disciplina. En segundo lugar, la HPE enfatiza la filiación de las ideas, y permite, como en cualquier otra disciplina científica o arte, identificar a los hombres y mujeres que se dedicaron con pasión y entrega al estudio de la realidad económica de las sociedades en las que les tocó vivir. Se trata en cierto modo de practicar una forma de gratitud reconociendo sus logros, aunque también la HPE nos permite identificar sus errores. En tercer lugar, la HPE permite la plena conciencia de la relatividad del saber humano, y de los límites al poder de la razón humana. Al estudiar a los economistas del pasado podemos identificar sus aciertos, pero también sus oscuridades y algunos de sus evidentes errores. Pero además, si nosotros los podemos valorar así, cabe comprender que de la misma manera seremos valorados por nuestros nietos. Así, adquirimos la conciencia, y con ella, la humildad, de quien comprende las limitaciones de su saber. Adam Smith señaló que la ciencia es el mejor antídoto contra la superstición; de forma semejante la HPE puede ser un poderoso

¹⁰A este respecto, véase, por ejemplo, Hussein y Thirlwall (2000).

antídoto contra la soberbia de la razón. En cuarto lugar, hay que tener en cuenta que el objeto de estudio de la economía, el funcionamiento de los sistemas económicos, cambia con el paso del tiempo. La economía de la Grecia Clásica tenía sus propios principios y su propia dinámica. En tal sentido, estudiar cómo la comprendieron sus propios contemporáneos, Aristóteles o Jenofonte, tiene su valor, aunque ellos tuvieran visiones más o menos equívocas o lúcidas.¹¹ Y, en quinto lugar, frente a una enseñanza centrada en la construcción de modelos con técnicas matemáticas más o menos sofisticadas, hay que recordar que la economía es una ciencia social, donde si bien son relevantes los problemas de elección de Robinson Crusoe, la presencia de Viernes añade las complejidades de la vida común en la isla: la necesidad de negociar y tomar decisiones tanto individuales como colectivas, y la necesidad de reglas o instituciones. En tal sentido, entender a un economista tratando de entender la economía de su época, con las instituciones respectivas, tiene un valor formativo singular. Por ejemplo, en la mayoría de los textos introductorios se utiliza todavía la tríada tierra-trabajo-capital, propia del siglo XIX, como clasificación de los factores de producción, pero con estos términos se entiende el potencial productivo material. O sea, el “trabajo” se refiere a las capacidades físicas e intelectuales humanas aplicadas a los procesos productivos. Sin embargo, una lectura atenta a los economistas clásicos muestra que

¹¹En “La ‘Casa Grande’ y la ‘Oeconomica’ de la vieja Europa,” Brunner (1976, pp. 87-123) muestra cómo las categorías de la ciencia económica moderna no son aplicables al Mundo Antiguo y a la Edad Media, o que de aplicarse se lo debe hacer con enorme cautela, pues los referentes culturales son totalmente distintos.

cuando ellos hablaban del trabajo se referirían a esas capacidades pero bajo el esquema institucional del trabajo asalariado. O sea, el factor productivo “trabajo” no es sólo el esfuerzo humano, sino el esfuerzo humano contratado a cambio de una remuneración. De igual manera, el factor productivo “tierra” se refiere no sólo al potencial productivo de una parcela, sino a que es cedida por el terrateniente al campesino o al empresario agrícola. En resumen, lo que se quiere destacar es que los economistas clásicos eran más conscientes en ver la economía como una ciencia social, con nítidas relaciones con la historia y el derecho, algo que una parte de los economistas modernos tienden a olvidar.

Estrategias de Enseñanza de la HPE

Si se consideran las grandes virtudes que tiene incorporar la enseñanza de la HPE en la formación de los economistas, surge el tema de cómo hacerlo. Se pueden identificar dos estrategias básicas. La primera es hacer la HPE transversal y longitudinal a todo el proceso de formación del economista. En esta opción, en gran parte de las asignaturas se tendría un enfoque histórico. Por ejemplo, al desarrollar la teoría de la utilidad y la demanda en microeconomía, se mostrarían los desarrollos de Jevons, Menger, Walras, Pareto y Marshall. De forma semejante, la exposición de las teorías del comercio internacional seguiría básicamente un periplo histórico: Smith, Ricardo, Mill, etc., señalando la contribución de cada autor.

El problema de este enfoque es que requiere más tiempo del que razonablemente se puede disponer para los estudios de licenciatura, y se tiene el riesgo adicional de caer en formulaciones muy superficiales que se limitan a repetir ciertas

recetas e ideas básicas sin mayor profundidad. La otra opción, más puntual y focalizada, y, en general, la más difundida, es colocar una o dos asignaturas específicas para la HPE, generalmente al final del plan de estudios, cuando los estudiantes ya están razonablemente formados y tienen cierto grado de competencias completas como economistas. Evidentemente el libro de Ravier está orientado a este escenario.

Pero si se ha elegido esta alternativa puntual, todavía se debe tomar varias elecciones. ¿Se debe seguir un enfoque panorámico más o menos detallado, o es preferible el estudio directo de los autores fundamentales, en sus textos? En el primer caso, se trata de estudiar un manual, como el de Ekelund y Hèbert, complementado con párrafos o páginas extraídas de las obras fundamentales de los grandes economistas del pasado. La otra opción es centrarse en unos pocos autores cuidadosamente seleccionados, y leer extractos más o menos extensos de sus obras. En este caso, podría ser interesante centrar las lecturas en una sola área temática (teoría del valor, salarios, comercio internacional, etc.). Otra opción sería concentrar el curso en un solo autor (o una sola escuela) y leer en profundidad alguna obra esencial (un curso semestral dedicado exclusivamente a Adam Smith podría ser verdaderamente enriquecedor). Por supuesto, la decisión última queda en manos del docente, quien elegirá aquel enfoque en el cual se sienta más cómodo y que crea más provechoso para sus estudiantes.

Lecturas de Historia del Pensamiento Económico

Por lo que Adrián Ravier expresa en su Introducción, y teniendo en cuenta las

palabras del Prefacio y del Prólogo, se colige que esta compilación de artículos tiene por propósito invitar a los estudiantes de economía a acercarse a la HPE. En tal sentido, este libro, antes que ser una compilación de trabajos de investigación, con descubrimientos o perspectivas más o menos novedosas, es una colección de ensayos que buscan incentivar el estudio de la HPE. En tal propósito, me parece que el libro de Ravier tiene una serie de aciertos sobre las cuales deseo llamar la atención.

Desde el punto de vista del formato, el libro consta de 18 ensayos escritos por distintas personas, y que por lo tanto son textos completos y cerrados en sí mismos, e independientes unos de otros (por supuesto que existe una dependencia temática y temporal). Esto proporciona al libro una gran agilidad. El lector siente que tiene la libertad de empezar y seguir su lectura por donde sus intereses le dirijan. Desde el punto de vista del contenido, un primer acierto es que el libro abarca desde el pensamiento económico en el mundo griego hasta los desarrollos más recientes de la economía experimental, cubriendo las tendencias y escuelas más significativas del pensamiento económico. Se trata de una apuesta ambiciosa y no muy habitual, pues muchos libros de HPE prefieren empezar con el mercantilismo, o incluso con la obra de Adam Smith.

En segundo lugar, aunque en los primeros capítulos predominan los autores que se adscriben a la Escuela Austriaca de economía, fervorosos y reconocidos discípulos contemporáneos de Mises y Hayek, en la segunda parte del libro este criterio se flexibiliza, para culminar con textos de tres premios Nobel de economía, que describen los lineamientos fundamentales de su trabajo intelectual, como

son James Buchanan (Cap. 15), Douglass North (Cap. 17) y Vernon Smith (Cap. 18). Con la inclusión de estos tres textos más los dos artículos de Schumpeter dedicados a Marx y Keynes (Caps. 9 y 12) el libro de Ravier deja de ser un texto sobre los grandes economistas, para incluir directamente escritos de estos economistas de primer orden.

Aunque la biografía es un subgénero de la historiografía, en general no tiene la misma relevancia que otros tipos de investigación histórica. Esto se debe a que el riesgo de caer en la apología fácil o la denigración son tentaciones difíciles de resistir. Sin embargo, en el orden de las ideas las cosas son más complejas. Mientras que la biografía de un militar o de un explorador puede ser más apasionante que un relato de ficción, por la amplitud de detalles y contingencias, tal cosa no ocurre con los filósofos y hombres de ciencia, donde lo fundamental de sus vidas no es lo que hicieron sino lo que pensaron. En tal sentido, en la HPE tiene cierta importancia la biografía, pero no en el sentido habitual de un relato de las contingencias históricas del biografiado, sino en términos del desarrollo de sus ideas, de sus lecturas, de las influencias que recibió y de la influencia que ejerció sobre otros pensadores. La biografía que Arthur Koestler dedicó a Kepler (Koestler, 1986) es una obra magnífica precisamente porque es una biografía intelectual antes que una mera biografía digamos corporal (dónde nació, dónde vivió, etc.). Por ello, la opción de Ravier de concentrarse predominantemente en ciertos autores antes que en entes abstractos como escuelas me parece muy pertinente. Antes que proporcionar cuatro ideas generales sobre el pensamiento de un economista, parece históricamente más justo tratar con cierto detalle sus ideas y aportes al corpus de la ciencia económica

moderna.

Sin embargo, tratar el pensamiento de un economista del pasado tiene dos riesgos que adecuadamente destacó Blaug:

Hay siempre dos clases de peligros en la evaluación del trabajo de los autores anteriores: por una parte, ver sólo sus errores y defectos sin apreciar las limitaciones del análisis que heredaron y de las circunstancias históricas en que escribieron; por la otra, exagerar sus méritos por el interés de descubrir una idea adelantada a su propia época, y con frecuencia a sus propias intenciones (Blaug, 2001b, p. 17).

Son los peligros de la arrogancia y de la veneración. Por otra parte, Stigler (1997) señaló que entender los escritos de un economista del pasado tiene dos requisitos. El primero es conocer los rudimentos de la teoría económica: “... hay que conocer la materia sujeto de la disciplina en la que se está escribiendo” (p. 11). En esta línea, Stigler observa que muchos estudiosos de la economía cumplen este requisito de forma muy imperfecta. El segundo tiene que ver con cierta actitud: “El segundo requisito para leer un economista comprendiéndole es cierto grado de separación e incluso empatía. Aún el mejor de los hombres es una extraña mezcla de verdad y error, de penetración y ceguera parcial” (p. 12). Para comprender las ideas de un hombre de ciencia es necesaria cierta distancia para no caer ni en la arrogancia ni la veneración, pero además, sugiere Stigler, se necesita una cierta dosis de empatía, o sea la capacidad de colocarse en el lugar del otro.

En este sentido, Ravier, como economista de adscripción austriaca, se enfrentó a un problema mayúsculo para tratar a dos autores como Marx y Keynes, economistas con los cuales la escuela austriaca de economía tiene un debate

secular y feroz. Tal vez me equivoque pero me parece muy difícil encontrar un economista austriaco que pueda asumir una posición “más o menos distante y con empatía” hacia Marx o Keynes. Me parece tan difícil como encontrar un economista marxista que pudiera escribir un texto más o menos ponderado sobre Mises, Hayek o Friedman. Aquí tengo la impresión de que hay una abismo que separa las escuelas. Pero Ravier encontró una solución brillante. Tomó los dos ensayos que a ambos autores dedicó Joseph Schumpeter en su libro *Diez Grandes Economistas: de Marx a Keynes*. Se trata de una solución magnífica por diversas razones. La primera es que Schumpeter es una referencia obligada en la HPE. En segundo lugar, Schumpeter fue alumno de Eugen von Böhm-Bawerk, y conoció de cerca y personalmente a los principales representantes de esta escuela desde la segunda a la cuarta generación, aunque los miembros de la economía austriaca moderna no lo consideran parte de su cofradía. En tercer lugar, pero no menos importante, a la hora de valorar el aporte de sus colegas, Schumpeter cumplía con creces el segundo requisito señalado por Stigler. En su obra citada, es magnífica la forma educada y cuidadosa con que valora a los economistas que retrata. Tenía la capacidad de poder referirse con mucha humanidad y hasta simpatía sobre la persona retratada, al tiempo que en una frase rápida destrozaba sus ideas, o emitía un juicio muy crítico sobre lo nefasto de su influencia intelectual.

En ciertos momentos la arrogancia puede tomar la forma del anacronismo. Se trata de analizar las ideas económicas del pasado, no sólo desde el punto de vista de las ideas modernas (arrogancia en el sentido de Blaug) sino desde la perspectiva de los problemas económicos del mundo contemporáneo. O sea, se trata

de proyectar en el pasado los problemas económico-políticos de las sociedades del presente. En este sentido, el artículo de Jesús Huerta de Soto, referido al pensamiento en la Antigua Grecia (Cap. 1), me parece que peca de este defecto. No sólo que analiza las ideas económicas de Aristóteles desde la perspectiva de las ideas de la escuela austriaca moderna, sino que contempla los problemas de la sociedad griega viéndolos como versiones preliminares de los estados totalitarios o intervencionistas del siglo XX. Reprochar a los pensadores griegos haber fracasado en “comprender los principios esenciales del orden espontáneo del mercado” parece un juicio excesivo si se considera que la sociedad griega tenía otros referentes culturales que las modernas economías capitalistas. Huerta de Soto tiene la valentía de expresar sus ideas con franqueza y sin inhibiciones, pero sostener que la muerte de Sócrates “fue un suicidio, tan interesado como oportuno, fraguado por una mente arrogante y privilegiada que, además, pretendió con el mismo legitimar el culto al estatismo opresor desprestigiando el individualismo liberal” resulta algo excesivo para cualquier persona que conozca razonablemente la filosofía socrática y las instituciones de la Grecia Clásica.¹²

En cambio, Gabriel Zanotti (Cap. 2, sobre Santo Tomás de Aquino), Julio H. Cole (Cap. 13, “Milton Friedman y la Escuela de Chicago”), Francisco Rosende (Cap. 14, “La Macroeconomía Post-Lucas”) y Martín Krause (Cap. 16, “Ronald Coase y el Análisis Económico del

¹²Ver nota 11. Además se puede considerar Finley (2003) y dos trabajos de S. Todd Lowry sobre el pensamiento económico de Aristóteles y de Jenofonte (Lowry, 1997a, 1997b). Una referencia más antigua sobre el tema es Tozzi (1968).

Derecho”) han logrado satisfacer con creces el segundo requisito señalado por Stigler, y proporcionan ideas muy sólidas sobre la contribución de estos autores al acervo de la ciencia económica moderna. En particular, Rosende realiza una ponderación muy equilibrada de la importancia de los aportes de Lucas, dado que es uno de los economistas con desarrollos más polémicos en el último tercio del siglo XX. De forma semejante, Cole destaca la importancia de los aportes científicos de Milton Friedman, con independencia de su activa defensa del libre mercado y de los ideales liberales que desarrolló desde los años 70.

En los capítulos referidos al Mercantilismo y la Fisiocracia (Caps. 4 y 5), Murray N. Rothbard ofrece una sucinta y compacta exposición de las doctrinas de estas dos escuelas de economía política, y de sus vínculos con las monarquías europeas entre los siglos XVI y XVIII. De forma semejante, las exposiciones de Ezequiel Gallo (Cap. 7, referido al pensamiento de Adam Ferguson, David Hume y Adam Smith), y Nicolás Cachanosky (Cap. 8, referido a Smith, Ricardo, Marx, Say y Stuart Mill) proporcionan exposiciones muy lúcidas sobre los principales aportes de estos grandes economistas clásicos. De no menor calidad es el capítulo del propio Ravier dedicado a Richard Cantillon (Cap. 6), aunque pueda parecer desproporcionado dedicar un capítulo exclusivo a un autor que el grueso de la literatura considera un autor menor, más aún cuando no se tiene un capítulo exclusivo para Adam Smith, y en ningún capítulo se hace mención a la obra de Thomas Malthus. Hagamos un ejercicio de empatía: son los privilegios del compilador.

Finalmente, a la pluma de Juan Carlos Cachanosky se deben dos capítulos. El

Capítulo 10, dedicado a los fundadores del marginalismo (Jevons, Menger y Walras), es un trabajo erudito donde se expone con claridad las más o menos sutiles diferencias entre las ideas básicas del marginalismo en relación a los autores de la Escuela Clásica, por un lado, y las diferencias entre ellos por otra parte, en relación a las teorías del valor y de los precios.¹³ En el Capítulo 11, Cachanosky hace una exposición muy cuidadosa de la historia e ideas de los principales protagonistas de la Escuela Austriaca, en sus cuatro primeras generaciones. Sin embargo, desde la prudencia que exige Blaug, hay momentos donde Cachanosky se deja vencer por su “veneración” a Menger, Mises o Hayek, afortunadamente sin que llegue a afectar la calidad de la exposición general. Con gran lucidez, Cachanosky también incluye, al inicio de este capítulo, una breve pincelada con algunos datos sobre la creación del Imperio Austro-Húngaro y el ambiente académico que en él imperaba a finales del siglo XIX. Si se hace un balance del total de las inteligencias que surgieron en ese punto específico del globo terráqueo y en ese determinado periodo de la historia, no deja de ser sorprendente su cantidad y calidad. Freud en psicología, Menger, Böhm-Bawerk, Wieser, Mises, Hayek, Machlup y Schumpeter en economía, Popper, Carnap y Wittgenstein en filosofía, sólo por

¹³Cachanosky destaca que los economistas clásicos no tenían una teoría del valor y sí tenían una teoría de los precios. En rigor, el reproche de Cachanosky a los clásicos es que no tenían una teoría del valor de uso, aunque suponían que el valor de uso era un prerrequisito ineludible para hablar del valor de cambio. En Marx culmina este proceso, y se renuncia a integrar el problema de los valores de uso en la economía política. Marx anotó: “Los valores de uso constituyen el contenido de una disciplina propia, la mercología” (Marx, 1976, Libro I, Tomo I, p. 56).

citar los nombres más notables. La pregunta es casi obvia: ¿Qué características desarrolló la sociedad austriaca, en la segunda mitad del siglo XIX, que fomentó ese surgimiento de tantas inteligencias de primer orden en todos los campos del saber humano? Stefan Zweig, un escritor que perteneció a esa generación, nos ha legado, en una suerte de memorias, una preciosa descripción de la sociedad austriaca de esa época (Zweig, 1993). Por lo que él narra, no se trataba de que el Imperio Austro-Húngaro hubiera tenido un sistema educativo que incentivara de manera particular el amor por las artes y ciencias. De hecho, Zweig se refiere despectivamente a su educación formal, tanto en la escuela como en la universidad. Lo importante estaba en el ámbito de la familia y los amigos. Una sociedad perfectamente burguesa, señala Zweig, en un ambiente de seguridad material que generaba una cierta alegría de vivir y de disfrutar de lo mejor que la vida puede dar. Y en esto se destacaba el cultivo de las artes y de las ciencias. Un mundo optimista que se hizo añicos con los horrores de la Primera Guerra Mundial y sus secuelas de inestabilidad política y el posterior triunfo de las ideas totalitarias.

Más, volviendo al libro de Adrián Ravier, puedo asegurar que su lectura puede proporcionar a quien esté dispuesto a invertir cierto tiempo en él, el disfrute de las ideas claramente expuestas y puede despertar o profundizar el deseo de leer y estudiar a los grandes economistas de todos los tiempos.

REFERENCIAS

- Blaug Mark (1985). *La metodología de la economía*. Madrid: Alianza Editorial.
- Blaug, Mark (2001a). "No queremos historia de ideas, por favor, somos economistas," *Revista de la Sociedad Boliviana de Economía Política*, 2 (1): 123-41.
- Blaug Mark (2001b). *Teoría económica en retrospectiva*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Brue, Stanley y Randy Grant (2009). *Historia del pensamiento económico*, 7a ed. México: Cengage Learning Editores.
- Brunner, Otto (1976). *Nuevos caminos de la historia social y constitucional*. Buenos Aires: Editorial Alfa.
- Einstein, Albert y Leopold Infeld (1986). *La evolución de la física*. Barcelona: Salvat.
- Ekelund, Robert y Robert Hébert (1992). *Historia de la teoría económica y de su método*, 3a ed. Madrid: McGraw Hill.
- Finley, Moses (2003). *La economía de la antigüedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hawking, Stephen (1992). *Historia del tiempo: del big bang a los agujeros negros*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Hawking, Stephen, ed. (2003). *A hombros de gigantes: Las grandes obras de la física y la astronomía*. Barcelona: Crítica.
- Hawking, Stephen, ed. (2010 [2005]). *Dios creó los números: Los descubrimientos matemáticos que cambiaron la historia*. Barcelona: Crítica.
- Hawking, Stephen, ed. (2010 [2007]). *La gran ilusión: Las grandes obras de Albert Einstein*. Barcelona: Crítica.
- Hawking, Stephen y Leonard Mlodinow (2008). *Brevísima historia del tiempo*. Barcelona: Crítica.

- Hawking, Stephen y Leonard Mlodinow (2010). *El gran diseño*. Barcelona: Crítica.
- Hicks, J. R. (1974). *Valor y capital: Investigación sobre algunos principios fundamentales de teoría económica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hussein, Khaled y A. P. Thirlwall (2000). "The AK Model of 'New' Growth Theory is the Harrod-Domar Growth Equation: Investment and Growth Revisited," *Journal of Post Keynesian Economics*, 22 (Spring): 427-35.
- Koestler, Arthur (1986). *Los sonámbulos: El origen y desarrollo de la cosmología*. Barcelona: Salvat Editores.
- Koestler, Arthur (1986). *Kepler*. Barcelona: Salvat Editores.
- Kuhn, Thomas S. (1993 [1957]). *La revolución copernicana: La astronomía planetaria en el desarrollo del pensamiento occidental*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Kuhn, Thomas S. (1992 [1962]). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lowry, S. Todd (1997). "La economía de Aristóteles: Justicia en la economía del intercambio y en la Economía Política," *Boletín de Lecturas Sociales y Económicas*, 5 (22): 68-72.
- Lowry, S. Todd (1997). "Jenofonte y la economía administrativa," *Boletín de Lecturas Sociales y Económicas*, 5 (22): 81-85.
- Marx, Karl (1976). *El capital*. Trad. Vicente Romano García. Madrid: Akal.
- Oser, Jacob y William Blanchfield (1980). *Historia del pensamiento económico*. Madrid: Aguilar.
- Penrose, Roger (2007). *El camino a la realidad: Una guía completa a las leyes del universo*. México: Debate.
- Pheby, John (1991). *Economia e filosofia della Scienza: Una introduzione critica*. Bologna: Il Molino.
- Ravier, Adrián O. (2012). *Lecturas de historia del pensamiento económico*. Madrid: Unión Editorial.
- Roncaglia, Alessandro (2011). *La ricchezza delle idee: Storia del pensiero economico*, 5a ed. Roma-Bari: Editori Laterza.
- Schumpeter, Joseph (1971). *Historia del análisis económico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Schumpeter, Joseph (1964). *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*. Barcelona: Oikos-tau.
- Segrè, Emilio (1996 [1983]). *Personaggi e scoperte della fisica classica*. Farigliano: Arnoldo Mondadori Editori.
- Segrè, Emilio (1996). *Personaggi e scoperte della fisica contemporanea*. Farigliano: Arnoldo Mondadori Editori.
- Stigler, George (1997). "¿Tiene la economía un pasado útil?" en *El economista como predicador y otros ensayos*. Barcelona: Ediciones Folio.
- Tozzi, Glauco (1968). *Economistas griegos y romanos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Vilar, Pierre (1983). *Economía, derecho, historia*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Warsh, David (2008). *El conocimiento y la riqueza de las naciones: El enigma del crecimiento económico, su historia y su explicación moderna*. Barcelona: Antoni Bosch.
- Zweig, Stefan (1993). *El mundo de ayer*. México: Editorial Porrúa.